

DEPORTES

El juego es duro y estos tipos son unos diablos en silla de ruedas

Por CHARLES McGRATH

“Si viera en televisión algo sobre discapacidad o sillas de ruedas, probablemente cambiaría de canal”, comentaba no hace mucho Henry Alex Rubin. Dana Adam Shapiro añadía: “Si dices ‘silla de ruedas’ y ‘documental’, la mayoría bosteza”. Rubin y Shapiro, ambos de 31 años, son codirectores de *Murderball*, una película sobre parapléjicos que, lejos de hacer que los espectadores se aburran, ha sido una de las favoritas del público en el Sundance Film Festival de este invierno y ha conseguido un premio en la categoría de documentales.

La película se proyectó recientemente en Manhattan como parte del festival de Nuevos Directores / Nuevas Películas, y los directores esperan que se distribuya comercialmente en el verano.

Se centra en un deporte ahora conocido como rugby en silla de ruedas. El nombre original, *murderball* [la pelota asesina], se cambió a principios de la década de 1980, en un esfuerzo por hacer el juego más atractivo a los patrocinadores, pero las normas apenas han cambiado. Lo juegan parapléjicos en un campo de baloncesto, algunos con guantes de jardín impregnados de resina de pino para adherirse mejor y atados a unas sillas de ruedas blindadas que parecen un híbrido entre coche de evasión y carro de combate romano.

Hay un lado humorístico en todo esto; o lo tendría si los jugadores no realizaran también notables hazañas en el avance y los giros, ejecutando hábiles amagos y lanzándose pases de un lado al otro del campo.

Rubin ya tenía experiencia en el cine antes de *Murderball*. En 1997, al poco de graduarse en cinematografía en Columbia, hizo un documental sobre el director Henry Jaglom, y trabajó como director de segunda unidad en dos largometrajes, *Inocencia interrumpida*, y *Copland*.

Shapiro, por el contrario, era novato. Mientras dirigía la revista



Fotografías de THINKFilm

Mark Zupan, arriba y a la derecha, en *Murderball*, un filme sobre el competitivo mundo del rugby en silla de ruedas.



Spin leyó un artículo sobre el rugby en silla de ruedas en un periódico de Arizona, consiguió que la revista *Maxim* lo enviara como corresponsal al Mundial celebrado en Suecia en 2002 y convenció a Rubin, amigo suyo, para que le acompañara.

Filmaron lo que acabó siendo una gran decepción: la primera vez que el equipo estadounidense perdía un campeonato. “No somos aficionados al deporte, y no queríamos hacer una película deportiva. Queríamos hacer una película sobre personas con el cuello roto”, comenta Rubin.

En efecto, *Murderball* sigue la rehabilitación de varios de los jugadores a partir de graves heridas cervicales, muchas de ellas provocadas por terribles accidentes relacionados con el alcohol, pero en cualquier caso no deja de ser una película deportiva. No sólo toca casi todos los temas incluidos en la lista de las

películas deportivas —el trabajo en equipo, la adversidad, la alegría de la victoria, la angustia de la derrota— sino que también recalca que el hecho de estar en una silla de ruedas no le priva necesariamente a uno de la mentalidad básica del atleta.

Y no es que los jugadores de *Murderball* quieran ser liberados. Son verdaderos atletas, y se deleitan en pensar y comportarse como ellos. Beben cerveza a raudales. Les encantan los chistes prácticos y tontos. Y disfrutan del sexo con seguidoras de este deporte, de las que hay un número sorprendente.

El personaje más curioso de *Murderball* es Joe Soares, que durante buena parte de la película parece una versión monstruosa del papá deportista, enloquecido y perfeccionista. Soares, que sufrió polio de niño, fue también estrella del rugby en silla de ruedas hasta el año 2000,

Bromean, toman cerveza y se acuestan con sus seguidoras.

cuando el equipo estadounidense le dio de baja. Furioso, se pasó al equipo canadiense, al que entrenó y condujo a la victoria sobre sus ex compañeros de equipo, y a medida que la película avanza se obsesiona hasta tal punto por repetir la hazaña que se convierte en un esposo arrogante e introvertido, y en un padre duro e incomprensivo para su hijo de 12 años, que prefiere tocar el violín a practicar deporte.

Después, en un momento que nadie podía prever, Soares sufre un infarto cardíaco, tras el cual no aparece

exactamente cambiado, pero sí suavizado. Lo mismo le sucede en buena medida al equipo estadounidense después de una derrota crucial, cuando por primera vez estos atletas rudos y machistas parecen frágiles y vulnerables.

“Unos días después de conocerlos, todo empezó a cambiar” recuerda Shapiro respecto a cómo cambiaron sus concepciones previas en los primeros días de rodaje. “Empezamos a pensar en qué es la pérdida, qué es la masculinidad. En la vida moderna, los límites de la masculinidad no están muy definidos. Pero para estos tipos, hay mucho más en juego. Al principio teníamos el sublime objetivo de cambiar la opinión del público sobre las personas en silla de ruedas”, añade. “Después”, dice Rubin, “cuando conocimos a estos tipos, afloró otra misión: mostrar lo maja que es esta gente”.